

ANTONIO FEROS

ANTES DE ESPAÑA

Nación y raza en el mundo hispánico, 1450-1820

Traducción de
Pablo Sánchez León

Marcial Pons Historia
2019

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO 1. ESPAÑAS	25
CAPÍTULO 2. ESPAÑOLES	59
CAPÍTULO 3. LOS OTROS INTERIORES	87
CAPÍTULO 4. LOS OTROS EXTERIORES	121
CAPÍTULO 5. UNA NUEVA ESPAÑA, UN ESPAÑOL NUEVO	167
CAPÍTULO 6. RAZA E IMPERIO	203
CAPÍTULO 7. DE IMPERIO A NACIÓN	245
CONCLUSIÓN	293
NOTAS	301
BIBLIOGRAFÍA	367
ÍNDICE DE NOMBRES	421

INTRODUCCIÓN

1492 fue un año trascendental para España porque, a partir de ese momento, iba a cambiar la noción misma de lo que era España y quiénes eran los españoles. El matrimonio entre Isabel y Fernando en 1468 y la consiguiente unión dinástica a partir de 1479 de las coronas de Castilla y Aragón —las dos monarquías más importantes de la península ibérica— significaron que, por primera vez desde la Antigüedad, la mayoría de los habitantes de la península podía considerarse parte de una sola comunidad política y súbditos de una sola monarquía. Incluso nada más conquistar el último territorio musulmán en tierra ibérica —el reino nazarí de Granada— y propiciar una frágil unidad, la nueva monarquía se volcó hacia el exterior para dar inicio a todo un proceso de expansión imperial en Europa, África, América y Asia. La coincidencia de unidad dinástica y expansión imperial bajo la tutela de los Reyes Católicos de España impulsó entre los habitantes de la península, y entre los súbditos de la monarquía hispánica de modo más general, inquietantes y persistentes cuestiones relacionadas con la identidad nacional y étnica. Esta temprana confrontación con el mundo y con pueblos hasta esos momentos desconocidos es también lo que convierte a España en un caso clave para plantear preguntas sobre la raza y la nación en la formación del mundo occidental moderno.

Con una España siempre débilmente unificada y Cataluña amenazando con recuperar su soberanía, con constantes debates acerca del significado de España y la españolidad y sobre la presencia en el país de poblaciones «extranjeras» (judíos y, sobre todo, musulmanes y latinoamericanos), es evidente que muchas de las cuestiones que

los españoles debatieron en el pasado han reemergido a comienzos del siglo XXI. Aunque el tema principal de este libro no es la España contemporánea, sino la Edad Moderna (entre los siglos XVI y XIX), no es en modo alguno posible comprender algunas de las principales preocupaciones de los españoles en la actualidad sin lanzar una mirada hacia el pasado y a las opiniones y decisiones de nuestros ancestros. Necesitamos entender cómo plantearon estos la idea de que España era una nación mientras al tiempo desarrollaban ideas sobre los rasgos característicos de una raza española, e ideas acerca de la diversidad humana y cultural dentro de la península y en los territorios ultramarinos bajo el control de la monarquía hispánica. Son estos los temas principales que aborda este libro.

* * *

Hispania, el nombre empleado por los antiguos para hacer referencia a la península ibérica, tiene un origen dudoso. Sin embargo, ha quedado bastante bien establecido que este territorio de la Europa meridional fue primero poblado por pueblos de otras partes del Mediterráneo y el norte de África y más tarde por los celtas de la Europa del norte. Los griegos y los romanos reconocían que esta era una región un tanto aislada del resto de Europa por una de las cordilleras más imponentes del continente, los Pirineos, lo que implicaba que el acceso a ella se efectuaba sobre todo por el mar. Impenetrable por tierra, su geografía interna imponía considerables desafíos, obstaculizando las comunicaciones hasta el punto de que en varios períodos las comunidades regionales de la península se vieron casi por completo desconectadas unas de otras. Hasta la época medieval, los impulsos hacia la unificación procedieron de los pueblos venidos de fuera (griegos, fenicios, cartagineses y, en especial, romanos y visigodos), los cuales llegaron hasta la península gracias a su fácil acceso por mar y atraídos por sus recursos naturales y el clima de sus áreas meridionales. Los romanos fueron los primeros en hacerse con el control de la península entera o de la mayor parte de ella, primero como colonia y más tarde como provincia imperial. En el curso de los siglos, desde el 218 a. C. hasta el siglo V de nuestra era, la presencia romana dejaría una profunda marca en Hispania, en la lengua, la cultura, el discurso político y el marco legislativo. El período de dominación romana asistió también al asentamiento en Hispania de judíos procedentes de la provincia romana de Judea. Se trataba de otra co-

munidad de forasteros que vendrían a desempeñar un papel central en la historia peninsular.

La crisis del imperio romano afectó también a la península ibérica, conforme los pueblos godos procedentes de Europa central comenzaron a llegar, a comienzos del siglo v. La ocupación goda se completó cuando una de sus ramas, los visigodos, consolidó su poder en las décadas finales del siglo v. Al menos en el plano simbólico que adquiriría más tarde, el período de dominación visigoda, que se prolongó hasta comienzos del siglo VIII, fue uno de los más importantes en la historia peninsular. Durante esta época, los diversos territorios peninsulares fueron por primera vez unificados, y el cristianismo quedó instituido como religión oficial, fenómeno que ha marcado en profundidad la historia española hasta el presente. Los historiadores modernos han puesto en tela de juicio la estabilidad del régimen de los visigodos, así como la intensidad de la influencia goda sobre la población nativa de la península, pero con todo el período visigodo sería invocado desde la Edad Media en adelante como una suerte de modelo, bien que mítico, de una Iberia unificada en el terreno político y el religioso.

El reino visigodo de Hispania terminó como había dado comienzo, con los visigodos esta vez teniendo que hacer de receptores de una nueva invasión de gentes de fuera, procedentes del norte de África y que encarnaban la cresta de la ola de un Islam en expansión. Los nuevos invasores, conocidos por los españoles con la designación genérica de musulmanes, árabes o moros, cruzaron el estrecho de Gibraltar en 711 y en apenas unos meses ocuparon prácticamente la península entera. Los españoles de generaciones posteriores construyeron el mito de que los cristianos peninsulares resistieron la invasión árabe hasta el último aliento y rechazaron con rotundidad convertirse al Islam, pero la realidad fue bastante diferente. Buena parte de las élites visigodas perecieron en los enfrentamientos militares o marcharon al exilio en Francia, grandes cantidades de cristianos escogieron convertirse al Islam y la minoría judía pasó a colaborar con los nuevos invasores. Durante al menos un siglo y medio desde la invasión todo inducía a pensar que la Iberia se convertiría en otra provincia más en la órbita del poderoso califato abasí con sede en Bagdad, con los cristianos que quedaban reducidos a una minoría tolerada por las nuevas autoridades. Poco a poco, sin embargo, pese a unos comienzos poco halagüeños, una serie de pequeños estados cristianos fueron consolidándose en el norte y comenzaron a hacer incursiones tentati-

vas hacia el sur, por al-Ándalus. A la altura del siglo xv, todos los elementos que iban a caracterizar la Edad Moderna peninsular estaban presentes: la existencia de diversos reinos cristianos independientes que eran el producto de la lucha contra el poder musulmán, pero también la presencia de tres comunidades —cristianos, musulmanes y judíos— que se distinguían entre sí por sus orígenes étnicos, su religión y su cultura, y todas ellas con una importante presencia en cada una de las regiones de la península.

Otros desarrollos centrales para la comprensión del período alto-moderno pueden también retrotraerse a finales del siglo xv y comienzos del xvi. Las décadas finales del siglo xv asistieron a la unión dinástica entre los dos reinos cristianos más poderosos en la península —las coronas de Castilla y de Aragón—, representados por Isabel de Castilla y Fernando de Aragón respectivamente. Se trató de una unión dinástica, pero que tendría importantes consecuencias no intencionadas en la esfera político-constitucional. Por primera vez en la historia, dado que el impulso hacia la unificación procedió de fuerzas interiores, la inmensa mayoría de los habitantes de la península podían considerarse miembros de una entidad política unificada, súbditos de la misma monarquía y de reyes nacidos en la península, si bien las identidades regionales y la autonomía política persistieron.

Como consecuencia de tres acontecimientos seminales, 1492 vino a ser un año particularmente señalado. El primero de estos fue la conquista del último estado musulmán que quedaba sobre el territorio peninsular, el reino de Granada, por los ejércitos de Isabel y Fernando, y su integración en la monarquía hispánica como parte de la corona de Castilla. Una de las consecuencias de esta conquista fue la conversión forzosa de todos los musulmanes en las décadas inmediatamente siguientes. El mismo año de la conquista, Fernando e Isabel ordenaron la conversión de todos los judíos de la península y la expulsión de quienes se negaron a hacerlo. El resultado más importante de este doble proceso fue la imposición de una única religión, el catolicismo, sobre la península ibérica en su totalidad, que pasó a ser entendido entonces como el verdadero vínculo que hacía sentirse a todos sus habitantes miembros de una misma comunidad. Los viajes expedicionarios y de conquista que de manera eventual transformarían a la monarquía hispánica en una potencia global comenzaron también en 1492. La expansión hispana dio inicio a la migración de españoles a tierras de América y a otras regiones del mundo, a la conquista de territorios ultramarinos y con ello al inicio de debates